

El agujero

“Son una especie de huéspedes momentáneos. Se quedan solo un día y vuelven al infierno. Jamás se ve al mismo visitante dos veces, porque salen sólo una vez cada cien años.

“Un spritz del infierno” / Etgar Keret.

Ana vive hablando de ellos. Pero desde que llegué yo jamás creí en lo del agujero. Ayer me acerqué y trate de oír algo detrás de la tapia puesta por el municipio. Yo estaba convencido de que se trataba de una superstición pueblerina sin fundamento y justificaba el hecho de que hayan tapado el agujero, como una manera de tranquilizar a los más miedosos.

Hoy me acerqué nuevamente y ahora estoy convencido de que ese agujero es una salida del infierno. Alguien al oírme me habló desde el otro lado. No entendí lo que me decía pero si que estaba desesperado. Golpeaba la tapa en un infructuoso intento por destruirla. No tuve miedo, solo atiné a ayudar, sentí la necesidad de ver, de saber que pasaba detrás de la tapa. Al acercarme más escuché sollozos y gritos, lejanos, detrás de los golpes y gritos más próximos del hombre.

Ana me contó que cuando el agujero estaba abierto, se veía por el pueblo la gente que salía del infierno. “Solo salen un día cada cien años”, decía, “por eso tratan de aprovechar el tiempo al máximo”.

Era de noche y sentí que debía hacer algo. Fui hasta mi casa y cargué algunas herramientas.

Al regresar todo estaba en calma, solo se oía un rumor monótono y lejano. Me puse a trabajar para destruir la tapa e inmediatamente aparecieron los golpes y los gritos. Logré romper algunos listones de madera y me encontré con una capa de cemento. Con la masa golpeé hasta romperlo y sentí de repente un penetrante olor a azufre. Entonces ocurrió algo curioso: al tiempo que lograba penetrar el cemento, una extraña fuerza chupó mi mano y la masa me fue arrancada violentamente y se perdió en la oscuridad. Vi sus dedos asomar por el boquete y aferrarse desesperadamente, tironeando, tanteando, queriendo arrancar cemento. El agujero que yo había hecho era del tamaño de un puño. Cuidando de no lastimarlo golpeé con una barreta, para romper más cemento.

De pronto también la barreta partió hacia abajo como una flecha. Sin embargo el hombre ahora empujaba sin dificultad con sus hombros y asomaba la cabeza, por el agujero ahora un poco más amplio. Miré la hora, eran las 23.59. “Tal vez allá abajo, haya alguna diferencia horaria y aún tengamos un par de horas” pensé. Pude ver su rostro amarillo y aterrado.

En su mirada había agradecimiento y resignación. De pronto alzó los brazos y desapareció en la profundidad oscura del infierno. Era demasiado tarde. “Hasta dentro de cien años”, se me ocurrió decir, en voz baja, a manera de saludo.